

Galilea. 153

Liturgia, pastoral, vida cristiana

Signos que hablan

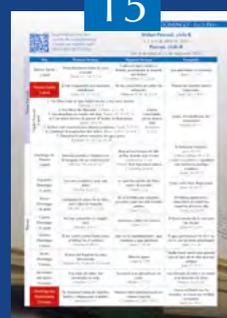
José Antonio Goñi:
«Usamos los símbolos
de forma tan escasa,
que no facilitamos
su comprensión».

Número 18
Marzo-abril 2021
4,75 €

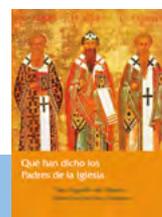
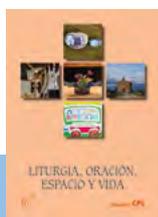




Sumario:



Y en la web (<http://galilea.153.cpl.es>)



Año 4. Número 18
marzo-abril 2021

Edita:

Centre de Pastoral Litúrgica
de Barcelona

Periodicidad:

6 números al año

Suscripción anual

2020/2021:

En papel: 27,00 €

Online: 19,00 €

Precio de este ejemplar:

4,75 €

Dirección:

M. Àngels Termes
matermes@cpl.es

Equipo responsable:

Antoni M.C. Canal
Lino Emilio Díez Valladares
Maria Guarch
Quiteria Guirao
Mercè Solé
Joan Torra

Consejo asesor:

Natalia Aldana
Dolores Aleixandre
Elisenda Almirall
Benjitu Bareto
M. Antònia Bogónez
Anna-Bel Carbonell
Cori Casanova
Paula Depalma
Albert Dresaire
Manolo Juárez
Jordi Julià
Montserrat Lluveras
Tere Martín
Juan Carlos Pérez
Marta Pons

Dirección:

Centre de Pastoral Litúrgica
Nàpols 346, 1r.
08025 Barcelona
Tel. 93 302 22 35
wa: 619741047
cpl@cpl.es

Web:

<https://galilea.153.cpl.es/>

Fotografía de la portada:

José Antonio Goñi

Dibujo página 2:

Juan Carlos Pérez

Síguenos en las redes
sociales: @CPLeditorial



NOS REUNIMOS

A raíz de la pandemia, al Consejo Asesor de *Galilea.153* le pareció que estaría bien profundizar en los signos y símbolos de nuestra liturgia. Al menos para entenderlos. Porque la pandemia, y sobre todo el confinamiento, también han influido en las celebraciones. Y conviene que sepamos lo que hacemos tanto si estamos confinados como si no.

Cuando pienso en símbolos litúrgicos surgen el pan, el vino, el aceite, el agua, el fuego, el incienso... Algo que me ha sorprendido, y eso que toda la vida he ido a misa, es la importancia, como símbolo también, de la asamblea litúrgica. La importancia de reunirnos para la fracción del pan, como decían los primeros cristianos y nos explica José Antonio Goñi en la entrevista que le hace Mercè Solé. Lino Emilio Díez profundiza en ello en su artículo «La asamblea litúrgica, sujeto celebrante». Os invito a leer tanto la entrevista como el artículo.

El artículo de Eva Torres, catequista de Sant Boi de Llobregat, afronta el reto de explicar los signos litúrgicos a los niños, cuando muchos no viven la «inmersión» litúrgica en la familia. Tarea nada fácil. Porque, como dice Francesc Romeu en la contraportada, los símbolos deben ser comprensibles si queremos que sean eficaces.

En este número no tratamos todos los símbolos litúrgicos. Más adelante lo haremos. De momento Víctor Rodríguez, desde Cáritas de Madrid, nos habla del pan partido en la Eucaristía y del pan compartido con los pobres. Dos realidades profundamente unidas.

«La música y el canto en la liturgia» es el artículo de Cori Casanova, donde dice que hay partes de la misa que pierden un poco su sentido si no son cantadas. Y Elisenda Almirall nos explica cómo la cruz se ha convertido en la historia de Occidente en símbolo de la identidad cristiana.

Como la revista se dirige a laicos y laicas hemos creído oportuno incluir el artículo que Xavier Aymerich ha publicado en *Misa Dominical* sobre «Los ministerios laicales de lector y acólito», a raíz del cambio establecido por el papa Francisco. Hasta este momento solo los hombres podían recibir estos ministerios; ahora también las mujeres. Como mujer me alegro mucho de este cambio. Pero sobre todo espero que anime, tanto a los laicos como a las laicas, a tomar conciencia de la responsabilidad que nace del bautismo que hemos recibido.

Acabo con una experiencia de hace pocos días. Tuve la oportunidad de orar ante un icono de la Anunciación a la Virgen procedente de la comunidad cristiana de Homs (Siria). Presenta tres agujeros por las balas del ataque yihadista que sufrió la comunidad. Icono que habla de la Anunciación a María, pero también de Cristo crucificado encarnado en las comunidades cristianas que sufren. Un símbolo que expresa mucho.

M. ÀNGELS TERMES
matermes@cpl.es

COMPARTIDA LA MESA Y EL DESTINO

VÍCTOR RODRÍGUEZ PELARDA, *Madrid*

Ilustración del libro «Jesús te invita a su mesa.» por Mireia Arnau e Ignasi Flores



Cuando me pidieron escribir relacionando la mesa del pan partido de la Eucaristía con el pan compartido con los más pobres, me vinieron a la cabeza unas palabras de Pedro Casaldáliga sobre la Eucaristía: «compartida la mesa y el destino». Me sentí tan lejos de esa forma de compartir, que decidí rechazar amablemente la petición, pero me di cuenta de que seguramente muchos laicos nos sentimos así.

Vivimos muy rápido, metidos en numerosas actividades, distraídos por numerosas noticias sobre eventos insignificantes que ocurren muy lejos de nosotros, aunque no sabemos cómo están nuestros vecinos o muchos de nuestros amigos. A menudo, se nos olvida pararnos, dar la importancia suficiente a ese momento de sentarnos a la mesa con Jesús, cuerpo entregado y sangre derramada, que nos invita a vivir de esta manera nuestra relación con los demás, especialmente con aquellos que están en situaciones más difíciles.

Son muchas las demandas diarias y muchas las justificaciones que podemos encontrar para aplazar ese momento de pararnos a escuchar a qué nos llama Dios. En la vida, vamos atravesando diferentes momentos y en cada uno tenemos que escuchar a qué pobrezas debemos prestar más atención y qué compromisos podemos asumir: con familias sin ingresos suficientes para cubrir necesidades esenciales, con un familiar con quien no resulta fácil estar, con ese hijo que rompe la paz familiar. En algunos momentos, se trata tan solo de afrontar las dificultades y pobrezas que se van cruzando en nuestro camino. Situaciones

en las que elegimos mantenernos al margen o involucrarnos. Hay situaciones que nos parten por la mitad, que nos dañan. Si en estas situaciones nos dejamos partir y compartir al modo de Jesús, si permanecemos en el amor, nada será igual.

También hay muchas formas diferentes de compartir y conviene hacernos conscientes de cómo compartimos. Se puede compartir sintiéndonos superiores, aunque no lo confesemos, o viendo en el otro a un igual que necesita ayuda en este momento de su historia. Se puede compartir con discreción o sin cuidar al otro. El domingo pasado, al ir a misa, me apenó ver que se había citado en la hora de mayor afluencia a muchas familias del barrio a recoger alimentos. Muchos iban con la capucha y no solo por el frío. También nosotros a veces compartimos sin ser conscientes de que hay formas de compartir que pueden herir silenciosamente a nuestra pareja, nuestros hijos, nuestros amigos o compañeros de trabajo. En Jesús, encontramos una propuesta concreta de dejarse partir y compartir, viviendo entre los pobres, acercándose con delicadeza, sin dar nunca por supuesto qué necesita la otra persona.

En cada Eucaristía se nos llama –individualmente y como comunidad– a dejarnos partir y compartir con los más pobres, a convencernos de la necesidad de compartir mesa y destino como camino deseado por Dios para nuestra salvación. Bajo la mirada misericordiosa de Dios, lo seguiremos intentando.

LA CRUZ, UNA VENTANA A LA VIDA

ELISENDA ALMIRALL FUSTER, *Vilanova i la Geltrú*



Fotografía: Catholicpic

La cruz ha sido en la historia de Occidente símbolo de la identidad cristiana. Sin embargo, en la actualidad la imagen de la cruz a menudo se relaciona solo con el sufrimiento y el dolor y hay gente que se pregunta cómo puede ser que se tenga como estandarte un elemento de derrota. Nada más lejos de la realidad: si hay algo que caracteriza la cruz es su mensaje de Vida y Victoria.

Si vamos a los orígenes del cristianismo, encontramos representaciones de la Cruz, pero no del Crucifijo (que no aparece hasta el siglo V) y este pequeño detalle nos permite observar, como mínimo, dos puntos interesantes. Por una parte, podemos intuir el impacto que tuvo el atroz acto durante generaciones y, por otra, su total convicción de la capacidad salvífica de Cristo. Para estos primeros siglos no era importante cómo había muerto, ni tampoco representar exactamente el momento histórico concreto, sino plasmar el sentido del acontecimiento: Jesús había cumplido todo lo que anunciaban las escrituras y había conseguido la salvación de la humanidad dando un nuevo significado a la vida. Esta idea es la que precisamente acogen las denominadas «cruces gloriosas». Ponemos como ejemplo la cruz que encontramos en el mausoleo de Gala Placidia (Rávena). Esta imagen del siglo V nos muestra una cruz resplandeciente en medio de una bóveda celeste y a pesar de ser una representación sencilla aporta el intenso mensaje que Cristo ha sido capaz de traer la luz a las tinieblas, de unir cielo y tierra y de convertir un instrumento de muerte en un signo de vida.

Actualmente, la imagen que encontramos en nuestras iglesias es la de un crucifijo que nos muestra a Jesús sufriendo en la cruz. Si observamos estos *Christus patiens* (no podemos detenernos a hablar sobre la evolución de este símbolo y cómo se llega a ellos) ciertamente cuesta percibir en ellos «al más bello de los hombres». Nos ilumina para encontrar una respuesta a esta aparente contradicción Joseph Ratzinger: «Quien cree en Dios, en el Dios que se ha revelado precisamente en la apariencia desfigurada del Crucificado por amar “hasta el extremo” (Juan 13,1), sabe que la belleza es la verdad y que la verdad es la belleza, pero en el Cristo sufriendo también aprende que la belleza de la verdad contiene la ofensa, el dolor e, incluso, el oscuro misterio de la muerte». Por tanto, para adentrarnos en el universo simbólico de la cruz se nos pide una actitud activa para que la imagen que contemplamos sea lugar de experiencia de fe y no solo la reconstrucción de un acontecimiento concreto de la historia.

Es preciso, pues, llegar a la Pascua para comprender el significado de la Cruz del Viernes Santo y desde este punto de salida necesitamos celebrar como comunidad la capacidad del Crucificado de transformar las llagas en perfumes de vida. «Cristo ayer y hoy, principio y fin, alfa y omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A Él la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Amén».

JOSÉ ANTONIO GOÑI: CON GESTOS, CON SÍMBOLOS

MERCÈ SOLÉ, *Viladecans*

Días de pandemia y confinamientos en los que nos vemos obligados a renunciar al contacto físico y en los que la presencia y la comunicación se expresan como pueden: en la distancia virtual o en la cercanía sin rostro, mejor dicho, tras una máscara. Un buen momento, sin duda, para reflexionar sobre un aspecto de la comunicación que solemos dar por hecho: el lenguaje gestual y el simbólico. Para ello nos ponemos en contacto con José Antonio Goñi, párroco de San Saturnino, en Pamplona, y profesor de liturgia del Pontificio Instituto de San Anselmo, en Roma y miembro, hasta hace muy poco, del consejo de redacción de *Galilea. 153*.

Los de mi generación, que estamos ya en la frontera de la jubilación, nos hemos esmerado en poner el acento en lo racional, menospreciando un poco tanto el gesto como el símbolo, que nos parecían abarrocados y sin significado.

Sí, pero lo cierto es que el lenguaje verbal no encierra toda nuestra expresividad, porque no somos tan solo mentes andantes. Continuamente estamos plagados de gestos y de símbolos, que en estos momentos de pandemia echamos de menos. Cuando se te muere un familiar agradeces una palmada en la espalda o un abrazo. Y cuando vamos a ver una carrera de atletismo sentimos complicidad con el gesto de victoria que el ganador hace con los dedos. Y cuando queremos hacer un regalo, vamos más allá del regalo en sí mismo: lo envolvemos, le ponemos un lazo, le buscamos una bolsa chula. Cuando queremos asentir o reconocer que algo ha sido bueno, aplaudimos.

¿Este lenguaje, más allá de las palabras, es universal? ¿Sirve para todas las generaciones en todas partes?

Sí y no. Hoy día alguien en Suecia sube a la plataforma *tiktok* un

vídeo con un determinado gesto y probablemente se difunda con gran rapidez, de modo que algunas realidades simbólicas se extienden de forma vertiginosa. Pero los que no comparten este lenguaje quedan totalmente aparte. Hay una estratificación generacional. Un amigo nos enseñaba el otro día un casete por estrenar que encontró en casa de su suegra: los más jóvenes no sabían lo que era.

Lo mismo nos puede pasar en la liturgia. Algunos de los gestos y símbolos que usamos seguramente tenían una gran resonancia cuando fueron incorporados, pero ahora a veces hay que explicarlos, lo que no deja de ser problemático. Aunque es cierto que lo que no se valora en una época puede valorarse de nuevo en otra. Es lo que ocurre con la presencia física en comunidad. Y al revés. Hubo un tiempo en que lo que tenía un elevado valor simbólico era reunirse mirando hacia el lugar donde salía el sol. Porque les daba luz e iniciaba el día. Más que el hecho de reunirse, se valoraba estar «orientados», es decir, mirar a Oriente. Hoy, en cambio, aunque hacemos vida de día no necesitamos la luz del sol para funcionar. Y después del aislamiento que sufrimos, sin duda «encontrarnos de nuevo» tiene un



gran significado, y nos sentimos llamados a un entorno circular que realce el sentido de comunidad.

No siempre percibimos el símbolo que tenemos delante. Cada sacramento tiene su simbología. El símbolo del agua en el bautismo nos remite a lo que da vida, a lo que purifica, que calma la sed, que nos haría renacer.

Tal vez la desconexión que los urbanitas experimentamos respecto a la naturaleza nos impide reconocer algunos símbolos muy universales...

No hay que perder de vista que en toda cultura o realidad, el lenguaje simbólico hay que aprenderlo. Determinados códigos, por naturales que sean, te los tienen que enseñar. Y en la liturgia también ocurre.

¿Cuáles son los signos más significativos de nuestra liturgia?

En principio debería decir que el símbolo más importante es el de compartir la mesa, el pan y

el vino que se convierten en el cuerpo y la sangre de Jesús. Jesús no utilizó signos complejos, sino que el símbolo de que Jesús se hiciera pan, se convirtiera en alimento, presente en el pan y en el vino, es un simbolismo muy claro. Ese es uno de los signos más significativos.

Aunque a veces los signos son ambivalentes. Nuestra forma de vivir la reunión adolece de individualismo. A veces estamos juntas 60 o 100 personas, buscando satisfacer una espiritualidad personal de forma individual y sin conocer nada de nuestros vecinos de asamblea, y se nos escapa el sentido último de la Eucaristía. Cuando los primeros cristianos celebraban decían «nos reunimos para la fracción del pan». No decían «voy a misa yo». Y nos reunimos para la fracción del pan porque compartimos el pan de Cristo. Cuando no hay formas individuales, esto es más fácil de comprender, porque cada uno recibe una pieza del puzzle. Nos sentimos vinculados unos a otros y a Cristo, que se ha roto y partido por nosotros. El pan y el vino nos llevan a reunirnos y hace referencia a que somos comunidad, Iglesia.

A veces cuando nos piden que expliquemos símbolos de la liturgia, empezamos a hablar de inciensos y de colores. Estos son símbolos más transitorios, pero en cualquier familia litúrgica de cualquier tiempo encontrarás siempre el pan y el vino, y la reunión de la asamblea para celebrar.

¿Qué podemos hacer para percibir mejor los símbolos?

Es que usamos los símbolos de forma tan escasa, que no facilitamos su comprensión. Usamos el símbolo del agua, pero cuando bautizamos caen tres gotitas. Usamos el símbolo del pan y del vino, pero ponemos formas individuales

y no permitimos comulgar con el vino. Usamos el símbolo de que nos reunimos, pero estamos pocos en misa y dispersos en un gran templo. De este modo impedimos que los símbolos se expresen por sí mismos.

O incensamos el leccionario en un determinado momento, lo besamos, se bendice con él a la asamblea, y terminados esos ritos se deja en cualquier lugar como si fuera un pisapapeles. El otro día una amiga me decía con dolor que había perdido la perla de un pendiente. Con aquellos pendientes se había casado. Y con aquellos pendientes se había casado antes su madre. Estos pendientes, que finalmente encontró, tienen un valor económico pero su valor simbólico lo supera con creces. Seguro que cuando no los usa, no los tiene por ahí tirados sino que los guarda con cariño y los deja bien colocados en su estuche.

Es muy claro saber si un signo es significativo. Basta con ver si para los niños es importante o no. Tengo una sobrinita que solía llevar de monaguilla con cinco años. Su madre me contaba que a veces se ponía en casa a cantar el aleluya. Y para hacerlo se pone la manta del sofá. Porque ha interiorizado que cuando yo celebro y canto el aleluya llevo otras ropas. Es decir, este canto no es un canto de la calle, no se canta de cualquier manera. Es su forma de entenderlo.

Me da la sensación de que, por lo menos en mi ambiente «civil», lo sagrado y lo cristiano tienen mala prensa, mientras que lo espiritual se acepta mucho mejor. El signo de la cruz puede causar rechazo, pero ante una inclinación «zen» no se ponen obstáculos.

Siempre cuento que me llamó la atención cuando estuve de joven en Taizé. En la vigilia del sábado, en aquella carpa estábamos

5.000 o 6.000 jóvenes con nuestras velitas, cantando aquellos cantos repetitivos, a media luz, y el prior de la comunidad encendió su vela y pasó la llama a los de su alrededor y poco a poco la luz se fue distribuyendo a todos. Fue sobrecogedor, a mí se me saltaron las lágrimas. Yo pensé, si esto lo hacemos en nuestras parroquias, hubiera habido antes una monición explicando el qué y el por qué... y sin lugar a dudas hubiéramos fastidiado el gesto.

Decimos que el incienso perfuma, pero usamos un incienso del que sale poco humo y que no huele muy bien, decimos que el agua nos recuerda el bautismo, y asperjamos sin apenas agua.

¿Cómo conectar con la gente más joven, como traspasar generacionalmente todo este tesoro de significación, cómo hacerlo en la época del tiktok?

Pues no lo sé. Debemos esforzarnos por conectar con los más jóvenes a partir de su lenguaje, como hace por ejemplo Dani Pajuelo, pero no estoy seguro de que según qué cosas puedan transmitirse por esa vía. El problema es que algunos de estos lenguajes son tan difíciles para nosotros y a la vez tan volátiles que el esfuerzo que hacemos no siempre obtiene buenos resultados. Cuando nosotros conseguimos llegar, ya ha cambiado. Aunque si consigues conectar, es posible que los mismos jóvenes lo refieran a otros con su propio estilo. Porque la necesidad de dar sentido a lo que vivimos sí que es universal.

LA ASAMBLEA LITÚRGICA, SUJETO CELEBRANTE

LINO EMILIO DÍEZ VALLADARES, *Madrid*



Fotografía: Cathopic

Sabemos bien que la finalidad de la reforma litúrgica del Vaticano II es que los fieles no sean mudos espectadores de los ritos litúrgicos, sino que participen *por los ritos y oraciones* (*Sacrosanctum Concilium* 48).

La asamblea litúrgica es la reunión de los fieles, constituida y congregada legítimamente en un lugar por el ministerio de sucesión apostólica, como expresión del carácter orgánico del Pueblo sacerdotal.

La asamblea litúrgica es sujeto de la celebración en cuanto representa al Cristo total, cabeza y cuerpo, internamente estructurada por el sacerdocio ministerial.

La estructura de la asamblea litúrgica refleja, por tanto, las características de la Iglesia, su organicidad, su diferenciación y su presidencia reconocida. Fieles y ministros participan del único sacerdocio y de la única mediación de Cristo: los ministros, representando a la Cabeza; los fieles como miembros de su Cuerpo.

El culto espiritual es celebrado por todo el Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo; es un acto comunitario, corporativo (*1 Corintios* 11,17-34; *Hechos* 2,42.46-47). «*Las acciones litúrgicas no son acciones privadas sino celebraciones de la Iglesia, que es sacramento de unidad, o sea, pueblo santo reunido y ordenado bajo la guía de los obispos (...) pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, lo manifiestan y lo suponen*» (*Sacrosanctum Concilium* 26).

Se entiende, por tanto, que el Concilio Vaticano II subraye la *preferencia* de la celebración comunitaria sobre la individual, en cuanto sea posible. Esta reunión efectiva de los fieles viene mencionada por el Concilio en varios lugares y la ordenación de la liturgia la presupone en sus ritos y textos. Ciertamente, la reunión de los fieles no es esencial para la validez de las acciones litúrgicas, pero la misma naturaleza eclesial de la celebración pide significar visiblemente lo mejor posible la estructura orgánica de la Iglesia que celebra. La asamblea es la manifestación natural de la Iglesia como sujeto de la oración, de la acción de gracias, de la bendición, del «nosotros» que invoca al Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo.

Otra consecuencia de la naturaleza eclesial de las acciones litúrgicas (tal como lo expresa la *Ordenación General* que introduce el *Misal Romano*) es la *participación* de los fieles en la celebración, de manera que «*quede expresada y fomentada la acción de toda la comunidad*». En la asamblea litúrgica no hay espectadores, solo hay actores, que hacen todo y solo lo que a cada uno le corresponde en virtud del sacerdocio ministerial, o de la institución de la Iglesia o del encargo recibido de manera más o menos estable, como son los acólitos, lectores, comentaristas, cantores, etc., que desempeñan un auténtico ministerio litúrgico.

Para el diálogo:

- ¿Existe, verdaderamente, mentalidad «comunitaria» en nuestras celebraciones?
- ¿Dificultan nuestros espacios celebrativos, nuestros templos, este espíritu comunitario?
- ¿Qué podemos hacer, entre nosotros, para fomentarlo?

LA MÚSICA Y EL CANTO EN LA LITURGIA

CORI CASANOVA, *Barcelona*

La música, el canto, ayuda a que el ser humano pueda expresar de forma simbólica –con el lenguaje de la música– emociones, sentimientos, convicciones, en definitiva, su «ser» más profundo.

Johannes Brahms, inmenso compositor romántico, cristiano fervoroso, explicaba que para él componer era una auténtica experiencia espiritual, un saberse en manos de una fuerza divina que hacía de él un instrumento al servicio del arte. Un «abandonarse al Espíritu».

Nuestras celebraciones litúrgicas pueden ser un espacio donde la música y el canto nos ayuden a vivir esta experiencia, a nuestra medida, desde nuestra sencillez. Cuando los niños de catequesis de mi parroquia, todos en el presbiterio, cantan cada domingo en misa «La Iglesia es una gran familia» con gestos... expresan mucho más de lo que se puede expresar en una monición, en un mensaje donde el centro es solo el lenguaje. Por eso una de las niñas decidió que la enseñaría a los niños y niñas de su clase. ¡Y lo hizo! Y con el tiempo, se han añadido todos los adultos de la nave. Es la música-símbolo con función expresiva pero claramente pastoral, es decir, adaptada a las personas concretas de nuestras comunidades.

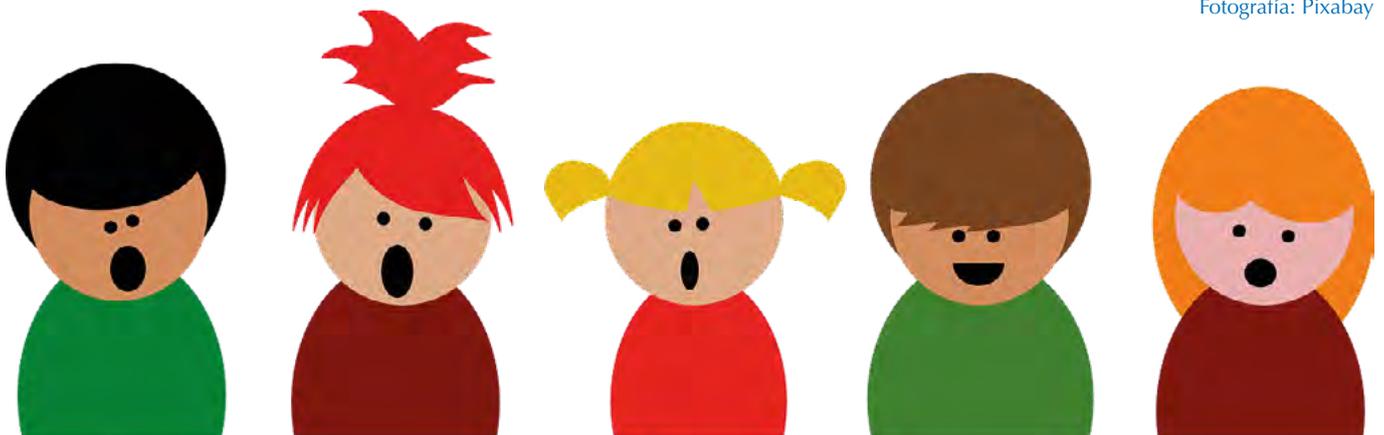
Pero también la música en la liturgia nos abre al Misterio, expresa todo lo que las palabras no pueden expresar. Y está claro, cuanta más calidad y más inspiración tiene la música, más nos acerca al Transcendente. Cuando digo calidad no me refiero solo al rigor formal en su

composición y ejecución. Quiero significar también sencillez y capacidad de servicio a una comunidad concreta. Recuerdo la composición que Bernat Vivancos hizo para la bendición de la Cruz de Santa María del Mar de Barcelona sobre el texto «Cristo nos amó tanto que nos amó hasta la Cruz», con acompañamiento de órgano, de una gran belleza y aparente simplicidad, que seguimos cantando ahora por Semana Santa. Un texto breve, fácil de memorizar y repetir como oración, desde la interioridad y la fe de cada uno.

Hay partes de la misa que pierden un poco de su sentido si no son cantadas. De aquí el valor de cantar el Santo, auténtico himno litúrgico que cuando se recita pierde parte de su fuerza; o el Cordero de Dios, que en su propia estructura repetitiva conduce a la necesidad de ser cantado. Tenemos muestras de todos los estilos. Los más «juveniles», los clásicos, los traducidos del gregoriano.

Pero ciertamente, cantar «en la misa» nos ayuda a expresar también el alma comunitaria, este Espíritu que nos une en Iglesia de forma misteriosa, paradójica a veces; es un instrumento de expresión de comunión, comunión misteriosa que nos sorprende. Los cantos comunitarios ayudan a manifestar el alma de nuestras comunidades, de estilos variados, con arraigo en pueblos, ciudades, barrios distintos en los que la vida cristiana se vive de modo poliédrico –siguiendo al papa Francisco–. Estas realidades han de encontrar sus formas de expresión musical en la liturgia.

Fotografía: Pixabay



¿Qué debe haber sobre el altar?

Realmente pocas cosas, porque es necesario que el altar cumpla su función propia.

Antes del ofertorio, sobre los manteles solo habrá las flores (excepto por Cuaresma, y con la proporcionalidad del ornamento según los tiempos litúrgicos), los candeleros (que pueden ser 2, 4 o 6, y 7 si preside el obispo) y una cruz con la imagen de Cristo crucificado. Hay que decir

que, tanto los candeleros como la cruz e incluso las flores, también pueden estar cerca del altar. Porque se trata de que la ornamentación sea moderada, que no impida la visión de los fieles, y que resulte un conjunto armonioso.

Desde la procesión de entrada y hasta el momento en que se utiliza, encima del altar puede estar el evangelionario.

¿Cómo ponemos las ofrendas sobre el altar?

En el punto anterior hablábamos de las cosas que debe haber sobre el altar, y decíamos que ciertamente muy pocas. Pero, a partir del ofertorio, debe haber sobre todo la patena con el pan y el cáliz con el vino sobre el corporal.

Es preciso, por tanto, poner en el lugar central lo principal: la patena (y el copón) y el cáliz con

el pan y el vino para la Eucaristía. En el lugar más central posible del altar, que se vean bien, y permitiendo así también un muy expresivo gesto de imposición de las manos del celebrante en el momento de la consagración, y más aún de los otros ministros en las concelebraciones.

¿Y el misal?

Algunos celebrantes dan excesivo relieve al misal, a veces incluso colocándolo sobre un atril que aún resalta más; o bien colocan el cáliz y la patena entre el misal y el mismo celebrante, con lo que el misal tapa la visión de las ofrendas a los fieles.

El misal, con discreción, al lado, o bien en el centro pero cerca del

celebrante y entre él y las ofrendas, sin taparlas a los fieles.

Y si es preciso el micrófono, también muy discreto. El resto de elementos no necesarios se dejarán en la credencia y solo se llevarán al altar en el momento conveniente; y de los no necesarios, si se puede, prescindiremos de ellos

LOS MINISTERIOS LAICALES DE LECTOR Y DE ACÓLITO

XAVIER AYMERICH, *Vilafranca del Penedès*

El pasado 10 de enero el papa Francisco publicó la Carta apostólica en forma de «*motu proprio*» titulada *Spiritus Domini*, por la cual modifica el canon 230.1 del Código de Derecho Canónico sobre los ministerios de lector y de acólito. Hasta ahora, este canon establecía que los hombres laicos con las condiciones adecuadas podían ser instituidos de forma estable para el ministerio de lector y acólito. La reforma de este canon establece que, a partir de ahora, *no son solo los hombres sino también las mujeres*, quienes pueden recibir este ministerio instituido

Los ministerios de lector y de acólito fueron establecidos por el papa san Pablo VI el año 1972, en sustitución de las antiguas «órdenes menores». Son unos ministerios laicales que, aunque han de recibirlos de forma necesaria como un paso previo los hombres que avanzan hacia el ministerio ordenado, pueden también ser instituidos a cualquier laico que de forma estable ejerza estos ministerios en la Iglesia. La institución de estos ministerios con el ritual litúrgico propio da un reconocimiento público a este servicio de los laicos en la celebración litúrgica. Por este motivo, dentro del Ritual de órdenes sagradas y de los ministerios, hay dos capítulos dedicados a la institución de los lectores y la de los acólitos, unos ritos que se celebran dentro de la misa, presididos por el obispo (o por el superior mayor de un instituto religioso

clerical), y que incluyen la llamada y la bendición de los que son instituidos en estos ministerios.

El ministerio de lector consiste en proclamar en la asamblea litúrgica las lecturas de la Palabra de Dios (excepto el evangelio), así como también el salmo si es preciso, las oraciones de los fieles, la dirección de los cantos, etc. El ministerio de acólito consiste en ayudar a los ministros ordenados en el servicio del altar, distribuir la comunión a los fieles, etc.

Si bien es cierto que, en muchos sitios, los laicos (hombres y mujeres) realizan ya estos servicios de forma habitual sin haber recibido la institución formal en estos ministerios, y que el rito propio para su institución generalmente se reserva a los candidatos a los ministerios ordenados, también es cierto que esta modificación del canon refuerza con un texto oficial la idoneidad de todos los laicos (hombres y mujeres) para ejercer estos ministerios. Y será necesario pensar en cada diócesis si puede ser ocasión por promover la institución de estos ministerios de forma ritual más allá de la praxis ya consolidada en la mayoría de comunidades.

Merece la pena destacar que la Carta apostólica va acompañada de una carta del papa Francisco al cardenal Luis Ladaria, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en la que el santo padre hace una magnífica catequesis

sobre estos ministerios litúrgicos laicales, fundamentados en la dignidad de todos los fieles, que les viene del bautismo, a través del cual han recibido el sacerdocio común de todos los hijos e hijas de Dios. En este sentido no hay diferencia esencial entre hombres y mujeres, llamados a desarrollar tantos servicios, oficios y ministerios, expresión de los diversos carismas suscitados por el Espíritu Santo en el Pueblo de Dios para el bien de la Iglesia y del mundo. A otro nivel estarían los ministerios ordenados de obispo, presbítero y diácono (sacerdocio ministerial), estos sí reservados a los fieles hombres. Se trata, pues, de un paso más en el camino para profundizar en la Teología del laicado potenciada desde el Concilio Vaticano II.

(Artículo publicado en el número 6 de Misa Dominical del año 2021)

Fotografía cedida por Mercè Solé



DESCUBRIR LOS SIGNOS LITÚRGICOS

EVA TORRES PASCUAS, *Sant Feliu de Llobregat*

Si tuviera que elegir el tema que provoca más quebraderos de cabeza a las catequistas sería el de enseñar la liturgia y sus signos. Cada curso, al preparar las sesiones, se dedica tiempo a revisar cuándo y cómo enseñar la liturgia y los signos. Y es que la disminución del número de familias que participan de la liturgia y la de niños y niñas que acuden a la catequesis ha comportado un cambio de fondo en el modo de enseñar, más que explicar, estos conocimientos.

Actualmente, si clasificamos a los niños según los conocimientos litúrgicos, podemos encontrar dos grupos. Aquellos que ya han recibido el primer anuncio de los padres, abuelos y colegio. Y otros que no lo han recibido, puesto que padres y abuelos también son primerizos en la llamada. ¿Resultado? Las catequistas activamos nuestro talento de paciencia e intentamos enseñar los gestos rituales y sagrados como podemos.

La experiencia nos dice que cuanto más progresivo y significativo sea el proceso de su enseñanza, más verdadero y perdurable será su aprendizaje. Se trata de poner en valor la edad evolutiva, la madurez espiritual y la experiencia de fe de cada niño para despertar la curiosidad. Teniendo presente estos tres ejes, podríamos perfilar un estilo para transmitir los signos litúrgicos de modo cercano y significativo.

EJE 1: La edad evolutiva

Los niños y niñas de nuestros grupos están en un momento cognitivo, afectivo, social y del lenguaje donde se empieza a despertar la curiosidad, la creatividad, la capacidad de autonomía y decisión fruto de todo el trabajo realizado en edades previas.

Por norma general, los niños se nos presentan participativos preguntando intereses concretos, planteando dudas, expresando sentimientos, proponiendo ideas y nuevas formas de hacer. Si sabemos aprovechar estas aptitudes innatas escuchándolos, replanteándolos y dejándolos decidir bajo nuestra mirada atenta y acompañamiento hacia los conocimientos que nosotros queremos que aprendan, conseguiremos adaptarlos a su nivel.

Nos maravillaremos como catequistas al verificar que cada uno de los niños se habrá quedado con su nivel de conocimiento. Unos llegarán a más y otros a menos, pero seguro que será auténtico y perdurable.

EJE 2: La madurez espiritual

En los últimos años se ha investigado la existencia de una inteligencia espiritual. Pone de manifiesto que, así como un niño tiene más o menos capacidad para aprender lenguas, matemáticas o música, la capacidad de aprender contenidos de cariz espiritual fluctuará según su nivel de inteligencia en este ámbito.

Así pues, las y los catequistas disfrutamos estimulando las distintas inteligencias espirituales que se nos presentan. Hay quien relacionará conceptos con situaciones vividas, hay quien aportará respuestas transcendentales que otro no entenderá, pero que, al menos, las habrá escuchado. Un buen recurso es captar sus agnosticismos verbales como punto de partida para generar diálogo e ir «ablandando» su «dureza espiritual». A menudo los que preguntan más son los que más madurez espiritual tienen.

EJE 3: La experiencia de fe

Esta premisa viene determinada por los valores y fundamentos que están formando a estas personitas según su entorno (familia, colegio, barrio).

El primer día de catequesis acostumbra a ser cuando los niños y niñas manifiestan claramente este aspecto. Desde hace unos años, experimentamos la libertad cómo los niños y niñas expresan su opinión sobre los simbolismos y rituales de la liturgia.

Al acabar la sesión es cuando los y las catequistas compartimos la alegría cuando aquellos niños más reticentes y con carencia de experiencia de fe, identifican a Dios presente en determinados gestos dentro de la liturgia.

Hace unos días circulaba por las redes sociales un pequeño vídeo en el que un cura bendecía a una niña de unos 5 o 6 años y la respuesta de la pequeña fue levantar su manita para hacerla chocar con la mano abierta del sacerdote.

Ojalá nuestros niños y niñas reciban con esta naturalidad el acercamiento de Dios por medio de los gestos litúrgicos.



EL PAN Y EL VINO DE LA EUCARISTÍA

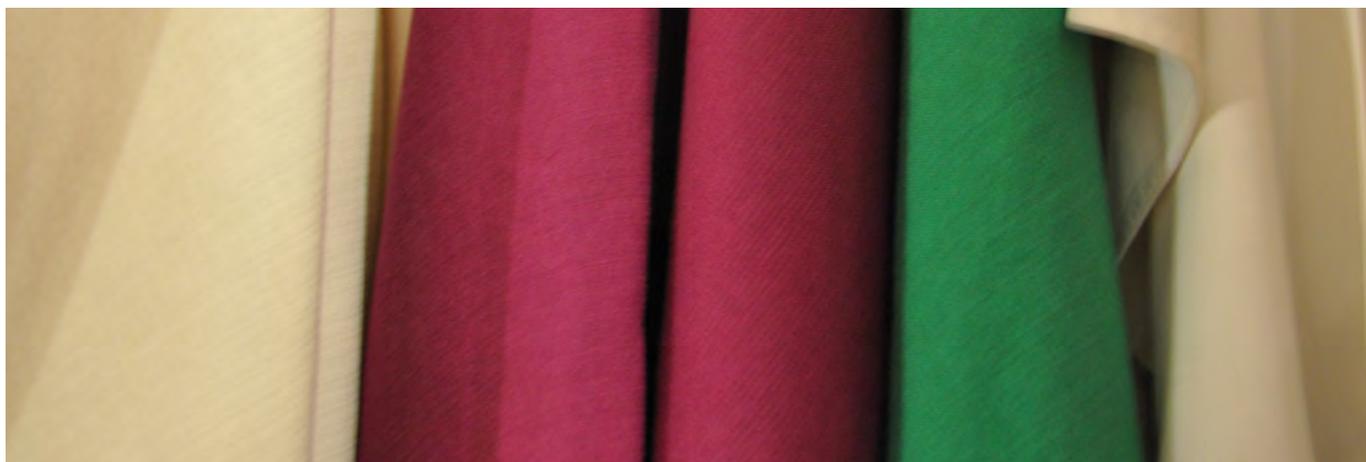
De todos los signos y símbolos cristianos,
los que siempre me han gustado más
son el del pan y el del vino,
símbolos fundamentales de la Eucaristía.
Pienso que en nuestra cultura
estos alimentos son los símbolos esenciales
de nuestra alimentación y de nuestra hospitalidad.
Y así lo es, también, en el pensamiento bíblico,
donde estos alimentos adquieren
un plus de significado
al ser el signo de la provisión
que Dios nos hace como pueblo suyo.
Así lo encontramos ya en el Génesis donde se nos dice que
«Melquisedec, rey de Salén, sacerdote del Dios altísimo,
sacó pan y vino, y bendijo Abrán» (Génesis 14,18s)
¡Cuánto sentido en tan pocas palabras!
Así también lo entendemos los cristianos cuando celebramos la Eucaristía:
Dios mismo se hace presente
a través del pan y del vino,
que son fruto de la tierra y del trabajo de los hombres:
«–Tomad, comed: esto es mi cuerpo (...)
–Bebed todos; porque esta es mi sangre» (Mateo 26,26s)
Tanto la ofrenda que presentamos en el altar
como el cuerpo y la sangre que se nos ofrecen
tiene un origen y un destinatario colectivos:
Es el fruto del trabajo de los hombres
y va dirigido a todos los discípulos.

Señor, ayúdame a compartir tu pan y tu vino;
los alimentos, el trabajo y los frutos que tú me has provisto,
y la gracia de tu don que nos das en cada celebración.
Que, gracias a mi colaboración, este pan y este vino
sirvan como alimento y apoyo a los demás,
sobre todo a los que más lo necesitan y que, juntos,
podamos ser parte de tu cuerpo y de tu sangre
y podamos plantar la semilla de un cielo nuevo y una tierra nueva. Amén.



EL TRIDUO PASCUAL: CENTRO DEL AÑO LITÚRGICO

JOSÉ ANTONIO GOÑI, *Pamplona*



Fotografía cedida por Mercè Solé

El Triduo Pascual, que discurre desde la tarde del Jueves Santo hasta el Domingo de Pascua, es el centro del Año Litúrgico. Durante estos días celebramos un único acontecimiento de la vida de Cristo: su muerte y resurrección o, mejor dicho, su paso a través de la muerte a una nueva existencia inmortal y gloriosa. En consecuencia, también podríamos decir que la celebración litúrgica es única: comienza el Jueves Santo y concluye en la Vigilia Pascual de la noche del Sábado Santo. Un único acontecimiento a conmemorar por medio de tres momentos celebrativos distintos: misa de la Cena del Señor, celebración de la pasión del Señor y Vigilia Pascual. Cada celebración subraya un momento diferente de la Pascua de Cristo: Última cena el Jueves Santo; pasión y muerte, el Viernes Santo; resurrección, el Domingo de Pascua.

Al atardecer del Jueves Santo, en la hora más oportuna, se celebra la misa de la Cena del Señor. Esta celebración mantiene la estructura habitual de la misa. Sin embargo, tras la homilía, tiene lugar el lavatorio de pies que hace quien preside la celebración con doce personas, imitando el gesto de Jesús. Tras la oración que sigue a la comunión se traslada de forma solemne el Santísimo Sacramento hasta el lugar de la reserva para la comunión del Viernes Santo.

El Viernes Santo no se celebra misa. Su lugar lo ocupa la celebración de la pasión del Señor, donde la Iglesia contempla al crucificado en las tres partes que la

componen: liturgia de la palabra, adoración de la cruz y comunión. En la liturgia de la palabra, la pasión y crucifixión es anunciada en las lecturas, explicada en la homilía e invocada en la oración universal. En la adoración de la cruz, la pasión y crucifixión es venerada. Finalmente, al comulgar recibimos el cuerpo del crucificado en el pan consagrado.

La celebración de la Vigilia Pascual se desarrolla durante la noche del Sábado Santo al Domingo de Pascua y está formada por cuatro partes: lucernario, liturgia de la palabra, liturgia bautismal y liturgia eucarística. La resurrección de Cristo centra la atención de todas ellas. El lucernario gira en torno a la luz, siendo representado Cristo resucitado con el cirio pascual, como la luz que brilla en las tinieblas. La liturgia de la palabra relata los momentos esenciales de la historia de la salvación, contemplando las intervenciones de Dios en la historia que se inician con la creación del mundo hasta llegar a su culmen con la resurrección de Cristo, origen de la nueva humanidad. El bautismo cobra un relieve especial, pues este sacramento nos asocia a la Pascua de Cristo, nos hace partícipes de su victoria sobre el pecado y sobre la muerte. En la liturgia eucarística, momento cumbre de la celebración, Cristo resucitado se hace presente en el pan y el vino para que su vida divina invada todo nuestro ser, transformándonos desde nuestro interior a su imagen.



Sugerencias para los cantos de cada domingo o fiesta en nuestra web: <https://goo.gl/Y17Siv>

Triduo Pascual, ciclo B

1, 2 y 3 de abril de 2021

Pascua, ciclo B

Del 4 de abril al 23 de mayo de 2021

	Día	Primera lectura	Segunda lectura	Evangelio
Triduo Pascual	Jueves Santo 1 abril	Prescripciones sobre la cena pascual <i>Éxodo 12,1-8.11-14</i>	Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor <i>1 Corintios 11,23-26</i>	Los amó hasta el extremo <i>Juan 13,1-15</i>
	Viernes Santo 2 abril	Él fue traspasado por nuestras rebeliones <i>Isaías 52,13-53,12</i>	Se ha convertido en autor de salvación <i>Hebreos 4,14-16; 5,7-9</i>	Pasión de nuestro Señor Jesucristo <i>Juan 18,1-19,42</i>
	Vigilia Pascual 3 abril	1. Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno. <i>Génesis 1,1-2,2</i> 2. Sacrificio de Abrahán. <i>Génesis 22,1-18</i> 3. Los israelitas en medio del mar. <i>Éxodo 14,15-15,1a</i> 4. Con amor eterno te quiere el Señor, tu libertador. <i>Isaías 54,5-14</i> 5. Sellaré con vosotros una alianza perpetua. <i>Isaías 55,1-11</i> 6. Caminad al resplandor del Señor. <i>Baruc 3,9-15.32-4,4</i> 7. Derramaré sobre vosotros un agua pura. <i>Ezequiel 36,16-17a.18-28</i>	Cristo, resucitado, ya no muere más <i>Romanos 6,3-11</i>	Jesús, el crucificado, ha resucitado <i>Marcos 16,1-7</i>
Pascua	Domingo de Pascua 4 abril	Hemos comido y bebido con él después de su resurrección <i>Hechos 10,34a.37-43</i>	Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo <i>Colosenses 3,1-4</i> O bien: Sed una masa nueva <i>1 Corintios 5,6b-8</i>	Él había de resucitar <i>Juan 20,1-9</i> O bien: <i>Marcos 16,1-7</i> O bien (vespertina): Quédate con nosotros, porque atardece <i>Lucas 24,13-35</i>
	Segundo Domingo 11 abril	Un solo corazón y una sola alma <i>Hechos 4,32-35</i>	Lo que ha nacido de Dios vence al mundo <i>1 Juan 5,1-6</i>	A los ocho días, llegó Jesús <i>Juan 20,19-31</i>
	Tercer Domingo 18 abril	Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó <i>Hechos 3,13-15.17-19</i>	Él es víctima por nuestros pecados y por los del mundo entero <i>1 Juan 2,1-5a</i>	El Mesías padecerá y resucitará de entre los muertos al tercer día <i>Lucas 24,35-48</i>
	Cuarto Domingo 25 abril	No hay salvación en ningún otro <i>Hechos 4,8-12</i>	Veremos a Dios tal cual es <i>1 Juan 3,1-2</i>	El buen pastor da la vida por las ovejas <i>Juan 10,11-18</i>
	Quinto Domingo 2 mayo	Él les contó cómo había visto al Señor en el camino <i>Hechos 9,26-31</i>	Este es su mandamiento: que creamos y que amemos <i>1 Juan 3,18-24</i>	El que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante <i>Juan 15,1-8</i>
	Sexto Domingo 9 mayo	El don del Espíritu ha sido derramado <i>Hechos 10,25-26.34-35.44-48</i>	Dios es amor <i>1 Juan 4,7-10</i>	Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos <i>Juan 15,9-17</i>
	Ascensión del Señor 16 mayo	A la vista de ellos, fue levantado al cielo <i>Hechos 1,1-11</i>	Lo sentó a su derecha en el cielo <i>Efesios 1,17-23</i>	Fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios <i>Marcos 16,15-20</i>
	Domingo de Pentecostés 23 mayo	Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar <i>Hechos 2,1-11</i>	Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu <i>1 Corintios 12,3b-7.12-13</i>	Como el Padre me ha enviado, os envío yo; recibid el Espíritu <i>Juan 20,19-23</i>

«High five!» ¡Gestos, signos y símbolos de hoy!

FRANCESC ROMEU, *Barcelona*

A finales del año pasado se hizo «viral» (repetidamente enviado y contagioso) un vídeo, corto, en el que se veía a un sacerdote que intentaba bendecir a una niña antes o después de hacer la primera comunión. Cuando él elevaba su mano derecha sobre la cabeza de la niña para bendecirla, ella, junto a su madre, de un modo totalmente espontáneo, chocó su pequeña mano contra la del cura. Casi como un acto reflejo, que corresponde a la costumbre del deporte norteamericano del «*high five!*», del «¡choca estos cinco!». Un signo de felicitación, de aprobación. Al final, los tres, inevitablemente, se pusieron a reír.

La niña no lo hizo para mostrar indisciplina ni tampoco su incultura religiosa sino por sintonía con nuestra cultura actual, para mostrar –con simpatía– su satisfacción. El sacerdote sí que sabemos que lo hizo siguiendo la antigua tradición de las bendiciones, que debería haber sido correspondida por una leve inclinación reverencial de la cabeza de la niña.

Pensemos un poco. Los signos y los símbolos deben ser comprensibles si queremos que sean

eficaces. Por una parte, nunca pueden ser objetos mágicos sino razonables. Pero, por otra, tampoco hay que mantener un signo que, por el hecho de haberse quedado anclado en el pasado, ahora necesita una larga explicación para conectar con una cultura ya pasada. Demasiados signos y símbolos nos piden comulgar con una cultura que ya no es la nuestra. Mientras que –al mismo tiempo– nos cuesta mucho recibir los nuevos signos y símbolos que la cultura contemporánea va generando.

¿De dónde han salido nuestros signos y símbolos? Pues muy sencillo: de nuestra cultura. Y la cultura sale de nuestros hábitos y costumbres. Tenemos muchos signos y símbolos que vienen de la agricultura, puesto que había sido el centro de la vida de las personas. Cultura viene del cultivo, dicen algunos expertos. Pensemos, por ejemplo, con nuestro culto al agua, al cielo y a la tierra. Y sobre todo lo que se cultiva en las orillas de nuestro Mediterráneo: el trigo, la vid y el olivo. Y de aquí el pan, el vino y el aceite. Objetos de culto para nosotros, pero no para otras



culturas muy distintas y lejanas. Y la cultura también nos ha dejado la antropología, es decir, el modo que tenemos de comprender al hombre y a la mujer, su cuerpo y su espíritu, su materia y su alma, sus relaciones, el respeto mutuo y las dinámicas grupales.

Y finalmente, la última entrega que nos ha hecho la cultura es el lenguaje. Un lenguaje que no es solo la articulación de unas palabras en una lengua concreta sino también una inmensidad de gestos con los que acompañamos nuestra comunicación no verbal: con la cara, con las manos y con la postura del cuerpo. Y también, con el silencio. Fijémonos bien en los nuevos signos que se establecen y hagámoslos también nuestros.